

Grandes delirios de Occidente

PATRICK LAWRENCE :: 26/02/2024

El régimen de Biden, epicentro de las delirantes políticas de Occidente, especialmente las relativas a los no occidentales, ha alterado permanentemente su posición en Asia Occidental y Europa

Escuchemos un momento a Boris Pistorius, ministro de Defensa alemán, en una entrevista que concedió a mediados de enero a *Der Tagesspiegel*, un pequeño diario berlinés cuya historia se remonta a 1945, cuando los Aliados se propusieron democratizar la prensa de la época nazi en el sector occidental de la capital.

"Oímos amenazas del Kremlin casi todos los días, así que tenemos que tener en cuenta que Putin podría incluso atacar a un país de la OTAN algún día", afirmó Pistorius con un alarde de confianza. "Nuestros expertos prevén un período de cinco a ocho años en el que esto podría ser posible".

Por dónde empezar con este mentiroso.

No, ni los alemanes ni nadie en Occidente escuchan amenazas de la "Rusia de Putin", como debemos llamar a la Federación Rusa, ni diaria, ni semanal, ni mensualmente, ni en cualquier otro marco temporal que elijas. Si consigues escuchar al presidente ruso por encima del estruendo de burócratas de mente fofa como Pistorius, oyes todo lo contrario.

Para poner un caso a mano, he aquí a Vladimir Putin durante aquella entrevista tan comentada que concedió a Tucker Carlson el 6 de febrero:

... No tenemos ningún interés en Polonia, Letonia ni en ningún otro lugar. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Sencillamente, no tenemos ningún interés. Es sólo una amenaza occidental.

Amenaza: buena frase. Eso es precisamente todo con lo que Pistorius estaba comerciando cuando habló con *Der Tagesspiegel*.

El propósito aparente de Pistorius era levantar el telón de la Conferencia de Seguridad de Múnich de este año, celebrada en la capital bávara hace la semana pasada. Como era de prever, todo giró en torno al peligro imaginario de que los rusos pretenden avanzar hacia el oeste de Europa en cuanto acaben en Ucrania, y más vale que Europa gaste incontables miles de millones de euros adicionales en armamento y se asegure de que su antinatural distanciamiento de Rusia siga siendo más o menos permanente.

El Secretario General de la OTAN, Jens Stoltenberg, y el Ministro de Defensa alemán, Boris Pistorius, de camino a la Base Aérea de Jagel, en el norte de Alemania.

Jens Stoltenberg, el aguatero de Washington como Secretario General de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, predice ahora que la crisis en las relaciones Este-Oeste es probable que dure décadas. En realidad, mejoró la estimación de Pistorius de "cinco a ocho años". En Munich, Stoltenberg redujo la amenaza de Putin de invadir Europa Occidental a tres a cinco años. Debe ser que consultan con diferentes "expertos".

Escuchen esto, de un informe publicado en la edición dominical de The New York Times:

Mientras los líderes de Occidente se reunían en Múnich durante los últimos tres días, el presidente Vladimir V. Putin tenía un mensaje para ellos: Nada de lo que han hecho hasta ahora -sanciones, condenas, intentos de contención- alteraría sus intenciones de perturbar el actual orden mundial.

¿Qué dicen? ¿Lo que vemos por nuestras ventanas es un "orden mundial"? Putin y el resto de los dirigentes de Moscú han dejado claras sus intenciones demasiadas veces como para contarlas: Se trata de restablecer el orden en un mundo al que la alianza occidental ha llevado al borde de un caos descontrolado que tiene a muchas naciones no occidentales, Rusia entre ellas, a punto de temblar.

Extraigamos aquí la lección más amplia y apliquémosla después en otros lugares.

Separados de la realidad

Stoltenberg dirigiéndose a la 60ª Conferencia de Seguridad de Múnich el 17 de febrero.

Quienes pretenden dirigir el Occidente colectivo están ejecutando ahora un conjunto de políticas exteriores y militares agresivas que no dejan de ser peligrosas por su alejamiento de las verdaderas circunstancias de nuestro tiempo. Estas políticas son costosas -en sí mismas y medidas en pérdida de oportunidades-, distorsionan económica y socialmente y, directamente, están desvinculadas de la realidad.

No hace falta preguntarse qué causa esta desviación de los hechos observables, diabólicamente intencionada como suele ser, y qué resulta de ella. Puede parecer un momento sin precedentes en la historia de la humanidad, pero existen, de hecho, muchos precedentes.

Barbara Tuchman nos habló de ellos en 'The March of Folly' (La marcha de la locura, Knopf, 1984): Estos grandes deslices reflejan una ausencia de intelecto, visión y principios a nivel de liderazgo y conducen ineluctablemente al fracaso y a uno u otro tipo de desastre.

El caso de Ucrania, la preocupación en Múnich la semana pasada, no podría dejarlo más claro.

Incluso The New York Times, en la misma edición en que repitió lo de la amenaza rusa a Europa, informa ahora -aunque de forma elíptica, texto y subtexto- de que Ucrania ya ha perdido la guerra con Rusia o está en vías de hacerlo. Entre las únicas personas que aún no están dispuestas a reconocerlo se encuentran las que pretenden soltar más dinero y

material para enviar al régimen corrupto de Kiev, es decir, los que están en el poder en Occidente.

Kiev está perdiendo la guerra, pero no puede haber negociaciones con la "Rusia de Putin" porque el presidente ruso -otra mentira incontrovertible- insiste en que cualquier acuerdo debe ser según sus condiciones. Así pues: más dinero, armas y, por tanto, vidas, todo desperdiciado en una causa perdida, pero la puerta a las conversaciones que podrían poner fin al conflicto, al sufrimiento y al despilfarro debe permanecer cerrada.

Engaños y autoengaños

Carlson entrevistando a Putin en Moscú el 6 de febrero.

Así es como los supuestos líderes de Occidente insisten en dar forma al mundo en que vivimos: un mundo basado en engaños y autoengaños. Esto es lo que Tuchman entendía por locura.

Mientras las atrocidades de Israel en Gaza continúan cada día, los engaños entre las camarillas políticas de Washington y las capitales europeas son aún más grotescos.

Antes consideré el plan post-Gaza que los grupos de políticas en Washington están elaborando actualmente. Sus tres "vias", brevemente enumeradas, son: la buena y vieja solución de los dos estados que proporciona una pseudo-nación palestina separada; las relaciones formales entre Israel y Arabia Saudita (ésta es la viga de acero que sostiene el lugar de Israel en la región) y una Autoridad Palestina renovada (pero siempre leal al régimen sionista) que gobernará Gaza después de que se elimine a Hamas.

Ninguna de estas proposiciones guarda la menor relación con la realidad. Ni una sola. Son todas, con perdón, fantasías masturbatorias. Pero no importa: Están en marcha como la nueva política estadounidense en Asia Occidental.

Antony Blinken salió de una de sus múltiples rondas de conversaciones en Riad a mediados de enero para declarar que los saudíes habían respondido positivamente a su propuesta de normalizar las relaciones con Israel. Los saudíes no perdieron el tiempo y le echaron en la cara a Blinken un pastel de crema, haciendo pública una declaración en la que decían que no había ninguna posibilidad de establecer lazos con Israel sin una solución justa de la cuestión palestina.

Llamemos a esto la marcha de la locura en tiempo real.

Reflexioné más sobre esas propuestas políticas y reconocí en ellas un subtexto que no debemos pasar por alto: Se trata de la suposición operativa de que cuando Israel acabe con sus sangrientas acciones en Gaza, el polvo se asentará, la región olvidará y todo volverá a una especie de normalidad.

Me parece que éste es el mayor de todos los delirios que los círculos políticos del mundo atlántico albergan ahora y sobre los que actúan.

No hay ninguna posibilidad – ¿no hace falta decirlo? – de que Israel, los palestinos o Asia Occidental vuelvan a ningún tipo de statu quo, una vez que el régimen israelí disperse fuera de Gaza a los palestinos que no hayan asesinado.

Israel ya ha caído como un Estado paria. Si fuera Sudáfrica, diría que estamos a principios de la década de 1980 en el reloj de la historia, unos 15 años antes de que el régimen del apartheid abandonara el fantasma.

Como es bien sabido, la lealtad a la causa palestina se había desvanecido entre las naciones árabes y aún más en el extranjero antes de los acontecimientos del 7 de octubre. Ahora el mundo vuelve a prestar atención, como anunciaron Sudáfrica y el Tribunal Internacional de Justicia el mes pasado. Como acaban de señalar los saudíes, el destino de los palestinos (y de Israel, y de la posición de EEUU en Oriente Medio) están ahora unidos.

El régimen de Biden, epicentro de las delirantes políticas exteriores de Occidente, especialmente las relativas a los no occidentales, ha alterado permanentemente su posición en Asia Occidental y uropa. Sobreexpuesto sobre el terreno, es probable que se encuentre más vulnerable de lo que ha sido en las últimas ocho décadas y más sospechoso en el aspecto diplomático incluso entre las naciones que tradicionalmente ha considerado amigas.

Una política desarraigada de la realidad no puede abordar los retos ni las crisis de su tiempo. Quienes la configuran, al no tener capacidad para abordar circunstancias tan apremiantes, van camino de la insensatez.

¿Cuánto tiempo pasará antes de que las consecuencias de los delirios de Occidente -en Ucrania y en las relaciones con Rusia; en Oriente Próximo- se hagan evidentes? ¿De cinco a ocho años? ¿O de tres a cinco?

Consortium News /observatoriodetrabajadores.wordpress.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/grandes-delirios-de-occidente>